

NOEMÍ TRUJILLO

Suzanne



© 2016, Noemí Trujillo

Diseño de la colección y cubiertas: © García y cía

© 2016, Ediciones Turpial, S. A.
Guzmán el Bueno, 133
28003 Madrid
www.turpial.com

Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-95157-91-1
Depósito legal: M-5625-2016
Impreso por EXPERTOS EN IMPRESIÓN P&S, S. L.

Printed in Spain

*Para Barcelona, mi ciudad.
Yo siempre la quise*

Para mi padre

La vida es un viaje de ida y vuelta; el amor,
solo de ida.

*And you want to travel with her,
and you want to travel blind,
and you know that she will trust you
for you've touched her perfect body with your mind.*

Suzanne, Leonard Cohen

Nota de la autora

Este texto es una ficción. Susana y Tomás no existen ni están inspirados en ninguna persona real, tampoco ninguno de los personajes secundarios. Esta novela es un homenaje a la ciudad de Barcelona, mi ciudad, y más concretamente al barrio de San Antonio: Sepúlveda, Rocafort, avenida de Mistral y Floridablanca, entre otras calles. No es un barrio especialmente hermoso, no tiene ningún encanto turístico especial, pero durante seis años fue mi barrio y me permitió trabajar allí y ganarme la vida.

Este texto habla de todo lo que no entiendes cuando de golpe te hallas viviendo en una ciudad que ya no es la tuya y del enorme peso que tienen las apariencias en nuestra vida.

PRIMERA PARTE

La ida

Cualquier lugar puede acabar siendo otro lugar, pensó Susana al subirse al avión. Una azafata de tez morena y ojos rasgados le indicó cuál era su asiento; bastó que la mirara para que ella sonriera.

Susana le pidió al señor del jersey marrón que la dejara pasar, y el señor del jersey marrón se levantó, amablemente, para que ella se sentara en el asiento que le correspondía: el de en medio. A su derecha una mujer de unos cuarenta años tenía en brazos a una niña de apenas dos.

Era una niña morena y muy simpática, que la saludó con un «hola» cargado de energía, al que ella contestó con otro «hola», pero mucho más apagado y débil. Susana no tenía ganas de ver a un bebé y, curiosamente, era lo que la vida le ponía por delante. La reacción que sintió al mirar sus ojos negros fue extraña: aquella ternura infantil que rechazaba la empujaba a la desobediencia. Sintió una amarga tristeza que sabía que, en las próximas horas, solo podía crecer y crecer como un fuego al que se le añade más leña. Por primera vez tenía un retraso en su menstruación, y no

sabía cómo sentirse al respecto. Si debía elegir un solo adjetivo se sentía idiota, por encima de cualquier otra cosa.

A Susana nunca le habían gustado los niños. A ella solo le gustaba su cámara de fotos y le dedicaba todas sus energías. Su cámara era su amante; la cámara y ella, las dos juntas, recorriendo mundo, inseparables, viviendo el momento, todos los ángulos de disparo de todas las cosas, condenadas a ser dichosas para siempre viajando como dos nómadas por Europa. A Susana le parecía que con su cámara y sus viajes era feliz, que no necesitaba a Tomás, quien últimamente siempre estaba de mal humor: por el trabajo, por el estrés, por la rutina, por la enfermedad de su madre, porque él no quería dejar su trabajo en Barajas e irse a vivir a Barcelona y ella no quería dejar su piso de Floridablanca para irse a vivir a Madrid, y, desde hacía mucho tiempo, no se entendían en absoluto y todo era muy aburrido. Aviones de ida y vuelta, y nada de pasión. Y sexo solo de vez en cuando.

Su mejor amiga, Teresa, le decía que el amor es así, que no es siempre maravilloso; que el amor se gasta, se consume, como todas las cosas; que uno no puede estar siempre enamorado, deseando a la otra persona, pensando en estar con ella y en viajar a todas partes juntos; que el amor se vuelve, con los años, algo tedioso, desesperante incluso, como cocinar, como las tareas domésticas, como las asignaturas de la carrera, como pasar de nuevo una oposición cuando ya llevas aprobadas cuatro. Quien haya convivido con su pareja largo tiempo lo sabe.

Teresa era fiscal, sin plaza fija, llevaba opositando toda su vida y sabía que, aunque se dejara las pestañas, nunca aprobaría esa oposición con la mejor nota. Pero a Susana no le valían los consejos de su amiga, que había roto con todas sus parejas y no era, precisamente, la persona más adecuada para recetar fidelidad sin condiciones. Susana le había conocido ya seis novios.

Siete años atrás Susana y Tomás se habían enamorado. Ella tenía veinticuatro recién cumplidos, se había especializado en fotografía artística y de autor y comenzaba a desarrollar proyectos por toda Europa. Como siempre le gustó viajar, pensó que una buena forma de materializar ese sueño era fotografiar aeropuertos de todo el mundo, y a eso llevaba dedicados siete años de su vida y, con cada año que pasaba, más se entusiasmaba con aquel proyecto. O al menos así había sido hasta ahora. Los inicios siempre son hermosos, son lo verdaderamente importante de la vida.

Últimamente Susana pensaba mucho, y de forma obsesiva, en una nueva línea de trabajo que le permitiría ampliar sus exposiciones y redefinir y enriquecer toda su trayectoria como fotógrafa. Nuevas ideas, nuevas metas, un proyecto distinto que le hervía en la cabeza y del que no le había hablado a nadie. En los últimos meses, con cada exposición, Susana sentía un cierto desapego, un deterioro emocional: nada es eterno y percibía que nuevas ideas luchaban por salir. La creatividad es extraña y tiránica como una cacerola fría en la que se cocina una rana. Susana envidiaba a la gente que no necesita crear para ser feliz: el arte

aumenta muchísimo las posibilidades de autodestruirse.

A lo largo de todos estos años había fotografiado los aeropuertos de Viena, París, Londres, Bruselas, Zúrich; también Dubái, Tel Aviv y Atlanta. Además de las estructuras y edificios, fotografiaba a los cientos, miles, de personas que pasaban por ellos; hacía fotos de las azafatas que ofrecían vasos de cava gratis en el aeropuerto de Barcelona en el mes de diciembre, fotos de madres que llevaban a sus hijos en el carrito de las maletas, fotos de abuelas que se reencontraban con sus nietos, fotos de esposas que abrazaban a sus maridos, fotos de gente esperando a sus familiares con un gran cartel de «Bienvenido a casa por Navidad». Gente entrando y saliendo de los controles, las chicas en las tiendas de cambio, los policías, los guardias de seguridad, las muchachas de la limpieza empujando el carrito. No hay nada más limpio y brillante que el suelo de un aeropuerto, absolutamente nada. Aunque su especialidad eran los bancos y las sillas vacías. Tenía una colección entera de bancos de aeropuerto; los bancos eran testigos fieles y silenciosos de aquel territorio extraño de frontera. Por un lado, Susana pensaba que aquellos bancos lo decían todo del aeropuerto; por otro lado creía, a veces, que no decían nada. Como si el todo y la nada fueran parte de lo mismo, una misma esencia materializada en la imagen de un banco vacío. El lugar del tránsito.

Fue cuando Susana visitó el aeropuerto de Barajas cuando conoció a Tomás. Siempre que fotografiaba un aeropuerto necesitaba, como mínimo,

acampar en él, en el sentido literal de la palabra, quince días. Solía buscar un hotel cercano, llegaba a primera hora de la mañana, fotografiaba a las mujeres de la limpieza, a las azafatas, al personal de vuelo, a los primeros viajeros que pasaban los controles con expresión de sueño; fotografiaba las cafeterías abriendo las persianas, a los muchachos trayendo la prensa del día; comía y cenaba allí, y acababa conociendo a buena parte del personal del aeropuerto. Cómo despierta y cómo duerme un aeropuerto, ese era su proyecto fotográfico, y todo lo que pasa en las horas de en medio.

Tomás era el encargado de la gestión del programa informático que controlaba las entradas y salidas del personal de Aena; siempre que había una incidencia le llamaban a él, básicamente cuando alguien, al empezar o acabar su turno, no podía fichar. Ella tenía un pase especial, pero una noche falló el código y llamaron a Tomás. El flechazo fue instantáneo. A Susana él le gustó de forma inmediata porque se parecía a Harrison Ford, al Harrison Ford de *Blade Runner*, y ella siempre había alimentado la fantasía infantil de ser como Rachael, la perfección femenina a los veintidós años, y huir con Harrison Ford hacia un futuro incierto. Qué más da que el futuro sea algo en ruinas si te acompaña Harrison Ford.

Susana odiaba que los asientos de avión fueran tan pequeños. Eso le provocaba malos pensamientos. El avión se había llenado, las puertas estaban cerradas y la azafata de ojos sonrientes había anunciado ya las instrucciones sobre seguridad: cómo se abrocha y desabrocha el cinturón, cuáles son las

salidas de emergencia, dónde están y cómo colocarse el chaleco salvavidas y la máscara de oxígeno. Susana había viajado tantísimo que no prestaba ninguna atención, ni a la azafata ni a sus compañeros de fila. El avión se movía lentamente y se dirigía a la pista. Para Susana no era un vuelo más, era un viaje decisivo en su vida que le estaba despertando viejos recuerdos. Tomás, su gran preocupación era Tomás y todas las decisiones que debían encajar juntos o por separado, y que no eran fáciles. Susana no estaba segura de verlo todo con claridad: era como si tuviera un lobo cogido por las orejas y no supiera qué hacer con él. Eso le parecía Tomás: un lobo con la piel de un cordero. No siempre había sido así: el amor cuando comienza es inocente.

Susana sabía que a Tomás ella le gustó porque era una chica guapa, con una cámara de fotos y una mirada curiosa y traviesa, casi infantil, que no había visto en ninguna de las mujeres que conocía. Claro que, hasta que conoció a Susana, Tomás solo se relacionaba con su familia, su padre, su madre y sus cinco hermanas, que vivían todos en Villaviciosa de Odón, en la urbanización El Bosque. Él iba de su casa al trabajo y del trabajo a su casa; no tenía muchos amigos, era de naturaleza tímida, un ingeniero de telecomunicaciones bastante vergonzoso que vivía rodeado y cuidado por sus hermanas. Por eso fue fácil, predecible incluso, que cayera rendido al hechizo de los ojos de Susana: una mujer joven, con talento, decidida, una mujer creativa, artista, fotógrafa; una mujer con una mirada que captaba, instantáneamente, la be-

lleza de las cosas. Tomás vio todo lo hermoso de la vida en los ojos de Susana cuando le preguntó: «¿Eres artificial?» y ella, temerosa quizá de estar profanando algo, le contestó: «Naturalmente». Susana pudo salir sin problemas del aeropuerto, después de que Tomás reseteara el programa con códigos nuevos, y, cuando estuvo muy cerca de él, le dijo: «¿Es esto una prueba para saber si soy una replicante o una lesbiana, señor Deckard?». Y, a partir de ahí, fue fácil tomar unas cervezas, quedar a cenar, enseñarle las fotos a Tomás, compartirlas con él, las fotos de Barajas y otras tantas fotos, porque el catálogo de Susana era muy extenso, tanto como para llenar muchas horas, todas las mágicas horas del enamoramiento.

Ahora, siete años después de aquello, ese era el último vuelo, porque Susana iba a romper su relación con Tomás, quería dejarlo. Quería dejarlo porque, con treinta y un años, no era la misma mujer que se enamoró de él porque se parecía a Harrison Ford; ahora creía que los cimientos del amor debían ser más sólidos, y no bastaba solo aquella atracción física que, desde el principio, ambos habían sentido. Ahora se hacía preguntas, se preguntaba si, realmente, quería casarse o si había accedido a la boda solo por las presiones de la familia; y temía haber accedido por las presiones de su madre, que debía de ser la quejumbrosa señora Bennet reencarnada porque no pensaba en otra cosa más que en casarla con Tomás, que era su novio de toda la vida; Tomás que, por suerte para él y por desgracia para ella, tenía la virtud de caerle bien a todo el mundo.

«Respira, ya se pasa». Eso ponía en las bolsas de papel del bolsillo del asiento; respira, ya se pasa. Pero Susana sabía que no se le iba a pasar, que hay cosas que uno lleva por dentro y le atormentan mucho tiempo hasta que consigue librarse de ellas.

«Quiero patatas», decía la niña que iba en brazos de la mujer que Susana tenía al lado; «Quiero patatas y aceitunas». Susana pensó que iba a hacérselo largo el vuelo teniendo por compañera de asiento a la niña más adorable del mundo haciéndole carantoñas permanentemente a su madre. No quería pensar en *su problema*, y la niña se lo recordaba constantemente.

La madre de la niña parecía una mujer normal. Era rubia, tenía el pelo liso y largo, llevaba un jersey azul con lentejuelas y parecía contenta. Era como el milagro de la vida allí presente, una gran fiesta de la maternidad, una madre feliz cuidando de un bebé satisfecho, y así hasta el día del juicio final, para garantizar la perpetuidad de la especie hasta que el sol explote o la polución acabe por matarnos a todos. Susana las miraba con cierta envidia, porque sabía que aquella sencilla felicidad para ella era inalcanzable, porque ella era un culo de mal asiento, era una viajera, le gustaba estar de aquí para allá, con su cámara y su trípode, haciendo fotos de aeropuertos, conociendo gente, y no quería casarse con Tomás.

No quería tener hijos adorables que hicieran dichosa a su madre, no quería una vida aburrida, no quería un chalé en Villaviciosa, a cinco minutos del chalé de su suegra; para Susana la vida era otra cosa, un viaje de ida y vuelta, una especie de rito